

Comencé a viajar con la esperanza de no encontrarme en todas partes. Pero, inmediatamente o dos días después, siempre terminaba apareciendo yo, sin importar adónde había ido ni con quién estaba. Éste es el relato que hago para ver si entiendo cómo fue que vine a parar a México, o para ver si ubico dónde quedé, porque después de tantos viajes no logré dejar de encontrarme en mis dos pies, pero me perdí completa e irremediamente.

De cómo y por qué es la historia de estos viajes, y no tiene principio porque, para ser sincero, no hay edad en la que no me vea viajando, con todo el cuerpo y conmigo o nada más con la cabeza. Podría empezar hasta por los viajes pendientes, los lugares adonde me moría por ir y que no fui: Grecia, Italia, Francia, España. Cumplí el sueño de viajar, porque viajar viajé, sólo que yendo a lugares a los que nunca había soñado ir. Fue como si hubiera estado agazapado esperando la llamada: ¡A viajar, Santiago!, por ejemplo, y luego, sencillamente, tenía que salir a vivir aventuras y disfrutar hazañas. Teóricamente era muy fácil. Sólo que estuve ahí, al acecho, y pasó, no sé, un

verdulero y gritó: ¡A las ricas manzanas!, cualquier cosa y, confundido, salté de mi trinchera. Vale decir que realicé mi sueño y al mismo tiempo lo postergué para quién sabe cuándo. Debe ser que soy corto de vista en algún otro sentido además del físico, en el que también lo soy. No distingo lo que quería hacer de lo que sólo se parece a lo que quería hacer, de lo que es para el otro lado de lo que quería hacer. Con la esperanza de que algo se despeje, de lograr desandar algo, ahora dejo palabras.

Como esta historia no tiene principio, y si lo tiene no lo reconozco, puedo empezar por Amelia, una profesora amiga, que había sido invitada a Cuba. Con la ilusión de que también me invitaran, le di un casete con canciones que componía para mis alumnos de las escuelas primarias y los jardines. Cuando regresó me contó que nadie le había parecido más acertado que uno de los periodistas del congreso al que había ido. Le di las gracias mientras con la otra mano tiraba al cesto mis esperanzas de viajar. Unos meses después, ese periodista cubano estaba de paso por Buenos Aires y me llamó para hacerme una nota. Después de la entrevista sacó tantas fotos que sospeché que se había equivocado de artista, que la cámara no tenía rollo o que era un rollo soviético provisto por un ente estatal. Creo que las tres cosas resultaron ciertas.

Él regresó a su país y yo a mi realidad, que por esa época eran los brazos de Andrea, una joven y prometedora maestra de jardín de infantes (en mi profesión de maestro de música y comediante en zona de playa, uno también se codea con colegas). Lo de joven es por los dieciocho años que tenía y lo de prometedora es porque nunca cumplió

con la verdad. Yo estaba muy enamorado, aunque debo reconocer que era verdadera fascinación por unos botoncitos que ella había descubierto en mí (que me había hecho conocer, descubrir lo que se dice descubrir, ella ya lo había hecho en otros continentes). O sea que mi amor era franco agradecimiento porque pasé de tener dos o tres zonas erógenas modestamente exploradas a superar la docena sólo en nuestro primer encuentro.

Andrea tenía un novio del que estaba a punto de separarse, por lo tanto yo no podía hablarle por teléfono, ni visitarla, ni buscarla, ni escribirle. Ni pensarla fuerte. Nada. Ella me hablaba, me buscaba, me venía a ver. Se levantaba. Se iba. Nos reíamos mucho y nos amábamos más, hasta que nos amamos menos y nos reímos menos también. La cosa hubiera durado y hubiera sido más feliz si no me hubiera empeñado en poner tanto corazón en un encuentro que estaba dirigido a otros órganos. Le escribía poemas. Le escribí uno mientras la esperaba en un bar de Sarmiento y Montevideo, frente al teatro San Martín un día que tocaba una banda de jazz que dejé de disfrutar a medida que ella no llegaba a la cita. Toda la alegría que venía de encontrarme con ella se daba vuelta y mostraba sus filos. Como a la hora y media me fui con mi poema y una depresión espantosa. La historia ya había pasado antes, ya sabía que había demasiado misterio, demasiados *Yo voy, no me llames*. Porque era así; después nos encontramos y me dijo que había llegado. La prueba era que había estado cuando la banda tocaba no sé qué tema. De todas maneras a esas alturas mi enojo era el que puede tener un naufrago con el barco que llega un mes tarde pero lo salva.